

CARTA DESDE EL MAS ALLÁ

Estoy aquí. He llegado después de purgar mis muchas faltas. Tu no puedes verme pero aquí estoy. Esto es inmenso y, al tiempo, cabe en un dedal. Estoy con mi padre, con el padre de mi padre y sus dieciséis hermanos, con todos mis familiares, con los que conforman la genealogía que durante tantos años he querido componer en la tierra y no he podido. Aquí, un instante es suficiente para estar con todos, tanto parientes como extraños, con toda la humanidad que ha traspasado esa frontera que tanto arredra a los humanos.

Aquí todo es perfecto. Estamos con el Padre que lo llena todo. Ya no es inmarcesible. Todos estamos junto a él y él está con todos. No existe problema alguno. Aquella mujer que dice el evangelio casó con 7 hermanos se encuentra plenamente feliz como lo son sus 7 maridos terrenales. Aquí no hay celos ni envidias, aquí todo es placidez y ni siquiera pueden turbarnos las miserias que vemos en la tierra, pues al no existir el tiempo, son como instantes de dolor que culminan en una felicidad eterna.

No voy a guardar silencio sobre lo que estás pensando: ¿qué pasa con los malvados de la tierra, los que no han querido arrepentirse nunca de sus crímenes? Es muy simple: al no existir aquí la más mínima pesadumbre, no entra dentro de nuestra percepción el llegar al “destino” de esos infelices, pero no nos cabe duda de que el Padre le habrá dado todas las oportunidades para su salvación. Si los padres de la tierra siempre están dispuestos a perdonar a sus hijos, ¿que no ha de hacer nuestro Padre celestial, creador del universo?

Ninguno de los que estamos aquí podemos bajar a la tierra para dar fe de ello. Se perdería la ilusión por vivir y todos ansiarían la muerte. El mundo dejaría de existir y el Padre quiere que antes de gozar de la gloria eterna pasemos nuestro calvario, como lo pasó su propio Hijo, a quién envió a la tierra para redención de la humanidad.